La muerte de la ciudad: acerca de la relación de arquitectura y urbanismo

The death of the city: On the relationship of architecture and urbanism

Patricio Landaeta¹

patricio.landaeta@upla.cl

Centro de Estudios Avanzados Universidad de Playa Ancha

Juan Arias¹

juan.arias@upla.cl

Centro de Estudios Avanzados Universidad de Playa Ancha

Ricardo Espinoza²

respinoz@ucv.cl

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

Pamela Soto²

pamela.soto@ucv.cl

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

RESUMEN – La arquitectura y el urbanismo tienen una historia común que desborda los límites de ambas disciplinas. En la medida en que se vinculan con la ciudad guardan un tenor político que está a la base de la muerte de ésta. Pondremos a prueba la siguiente hipótesis: la arquitectura como institución abandona la tarea de ser rectora de la ciudad para convertirse en su verdugo en el origen del urbanismo. Para contrastar esta hipótesis se hará un breve recorrido histórico para terminar analizando la figura de Rem Koolhaas, cuya obra está en el centro de la querrela entre la muerte y la defensa de la ciudad.

Palabras claves: arquitectura, urbanismo, Rem Koolhaas.

ABSTRACT – Architecture and urbanism have a common history that goes beyond their own boundaries. Since both of them are related to the city, it is necessary to assume their political character and their responsibility for the historical disappearing of the city. In this article we propose the following hypothesis: architecture as an institution has abandoned the principle of being principal of the city to become its executioner since the beginning of urbanism. In order to test this hypothesis we will offer a brief historical overview of architecture and finish analyzing the figure of Rem Koolhaas, whose work is at the center of the dispute between the death and the defense of the city.

Keywords: architecture, urbanism, Rem Koolhaas.

Introducción

Un hecho aparentemente anecdótico conquista un nuevo sentido cuando otro fenómeno, que corre en apariencia en una dirección contraria, viene azarosamente a su encuentro. Me refiero, por un lado, a una situación acontecida hace poco más de un año, esto es, la elección del renombrado y galardonado arquitecto holandés Rem Koolhaas para dirigir la versión número 14 de la Bienal de Arquitectura de Venecia realizada en

2014, hecho que marcó un hito indiscutido. Por otro lado, me refiero, haciendo referencia a la misma época, a la diatriba de los arquitectos que reclamaban en la misma ciudad ante su impotencia frente al incontenible poder de los grandes capitales que acceden a la intervención de sitios urbanos protegidos.

Frente a este fenómeno de nuestra historia actual, que escapa con mucho a la historia de la arquitectura como disciplina, proponemos contrastar la siguiente hipótesis: en el curso de su historia, la arquitectura parece perder

¹ Centro de Estudios Avanzados Universidad de Playa Ancha. Av. Traslaviña 450, Viña del Mar, Chile.

² Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Av. El Bosque 1290, Viña del Mar, Chile.

su poder de maestra de los principios que gobiernan la ciudad, para dejarse subsumir por las prácticas urbanísticas, que sostienen no otra cosa que su pálida sombra, en el afán de hacer circular intereses de mercado. Espero, en lo sucesivo, explicar la razón de esta hipótesis, echando mano a la propia amnesia y desidia que parece afectar al pensamiento de la arquitectura, justo cuando Venecia se levanta como el escenario de una polémica en que se enfrentan arquitectura y urbanismo.

Del arquitecto y la ciudad

El arquitecto y la arquitectura gozaron durante buena parte de su historia de un reconocimiento indiscutido. Según leemos en *Político* de Platón, al referirse al rol de los hombres en la comunidad, distinguiendo gobernantes y gobernados, y al hacer expresa la jerarquía que divide y subordina conocimientos y técnicas a las más autónomas, el arquitecto destaca de manera incomparable. El arquitecto propiamente hablando es aquel que gobernando el hacer de sus obreros es capaz de crear una obra obedeciendo únicamente a principios (*arkhai*)³. De esta misma suposición deberá extraerse que el saber del filósofo emule al del arquitecto cuando intenta distinguir y percibir *detrás* de las confusas apariencias el orden de las ideas que *arquitectura* el mundo (Platón, 1992, p. 505-506).

Para Marco Vitruvio, el arquitecto se destaca no sólo por plasmar en sus obras la armonía inteligible del mundo, sino porque, según el mito narrado en su obra *De Architectura*, la “pulsión arquitectural” yace en el origen de la propia civilización (Vitruvio, 1996, p. 30). En la misma línea, varios siglos después, quien confirmará ese lugar de privilegio del arquitecto, es el que sin lugar a dudas puede tenerse por uno de los principales maestros del arte de la proyección, Leon Battista Alberti. Para el autor del *De re aedificatoria*, el arquitecto es el más excelso personaje de la ciudad tomando en cuenta que, junto con elegir y organizar el reparto de sus espacios y defenderla erigiendo sus bellos muros, la honra con su inteligencia más que ningún otro de sus hijos (Alberti, 2004, p. 60).

En la filosofía de cada uno de las personalidades mencionadas, la ciudad emergía en analogía al cuerpo del hombre, como un espacio social y edificio jerárquicamente ordenado. Pues bien, ¿cuál será la relación de esta analogía con los tópicos que hemos destacado donde se alaba la sapiencia del arquitecto? No sólo la analogía del cuerpo

del hombre y de la ciudad será tributaria de una división de saberes, sino también la propia consideración que divide jerárquicamente las funciones de mandar y obedecer. Por tal razón es posible notar que el Palacio emerge sin preámbulos como el doble de la ciudad, distinguiendo los notables de aquellos que sólo cuentan como fuerza del pueblo anónimo, reduciendo la ciudad concreta a quienes figuran como sus protectores. El arquitecto, o mejor dicho, la arquitectura parecía, pues, cimentada en esta cuestión de índole política, como es aquella de la distinción entre “gobernar” y “obedecer”, que plasmaría dicha diferencia en la propia representación y construcción de la ciudad, naturalizando la jerarquía que erige a unos hombres como maestros y a otros como súbditos.

En la arquitectura neoclásica francesa, contamos con ejemplos en esta materia, como los de Étienne-Louis Boullée (1728-1799) y Claude-Nicolas Ledoux⁴ (1736-1806), que no volverían a ejercer mayor influencia después de 1789, aun cuando sus trabajos e inspiración presentan en el eclecticismo nuevas vías para la disciplina. Tanto Boullée como Ledoux se destacan en la concepción y construcción de viviendas privadas para los notables de la ciudad (que no se reducen al Palacio del noble, sino que alcanzan también a la mansión del burgués). Sin ir más lejos, ambos fueron cercanos de poderosas figuras, Federico II de Prusia en el caso de Boullée, Madame du Barry, amante de Luis XIV, en el caso de Ledoux. Igualmente, ambos son protagonistas del salto en la escala de la concepción edilicia (con el fin de acoger la gran masa, en el caso de los proyectos de Boullée; para facilitar la recaudación de impuestos de la sal, el muro emplazado en París, *Mur des Fermiers Généraux*, en el caso de Ledoux). Finalmente, cada cual tendrá su parte en la gestación de un pensamiento místico o utópico de la arquitectura, que encontrará grandes ecos en el siglo XIX (Rabreau, 2007, p. 22).

No obstante, dibujando los contornos de esta época, nos enfrentamos a un hecho sin precedentes, como es el ver bascular el poder de *decir* la ciudad desde la arquitectura hacia los técnicos del Estado y su visión de la economía y el territorio. Nos referimos específicamente al rol protagónico de la ingeniería en temas de gestión del territorio, que incluye todo tipo de obras civiles, así también edificios que el arquitecto, desde entonces, sólo puede contentarse con decorar. Pues en el siglo XVIII el arquitecto ve relegados sus esfuerzos a anexar lo bello a

³ Para Aristóteles, “principio” (*arkhé*) se dice del punto de partida de algo, una época, un gobierno; también se refiere al poder de un individuo para “hacer cambiar”. *Arkhé* es cosa y agente, el camino y el arquitecto que domina el trazado en el ejercicio del mando. Los conocimientos arquitectónicos junto con las oligarquías y monarquías son llamadas *arkhais*. *Arkhé* comporta dos realidades antitéticas como la diferencia entre la sustancia y el accidente, pues si bien se refiere al comienzo en el tiempo éste mismo es lo “incomenzado”. *Arkhé* es la base en que descansa lo construido (Aristóteles, 1994, p. 205-207; Agacinski, 1996, p. 20).

⁴ Ledoux es el primer arquitecto célebre de una época prolífica en nombres y teorías. Fue el constructor, entre otras obras, de la primera fábrica racional (Salinas de Franche-Comte) y la primera ciudad obrera adosada a la fábrica. Su obra, pese a ser funcional, no abandona, según Michel Ragon, un anhelo simbólico, dominando nuevamente las formas circulares: la esfera parece ser la clave para escapar a la tiranía del ángulo recto. Así, la arquitectura de Ledoux guardará la chispa que alimenta el “fuego de los hornos” que preparan los pasos de esta nueva historia (Ragon, 1986, p. 298).

la obra proyectada de manera simple y funcional por el ingeniero. Como explica Philippe Madec (Madec, 1997, p. 13), los ingenieros reforman la arquitectura aplicando a los edificios civiles su manera de construir canales, caminos y diques. “Ya no se trata de estética, sino de pura funcionalidad: técnica, económica y práctica”.

En ese contexto es preciso destacar este fenómeno del salto de escala que nos conduce de la ciudad al territorio, llevándonos a distinguir esa notable influencia que tendrán más adelante la ingeniería y la planificación territorial sobre la arquitectura y el urbanismo. Tal salto, no obstante, tiene en un comienzo una razón bien definida: administrar un territorio nacional, sobre todo para los fines de la industria y el comercio, y enfrentar una amenaza sin precedentes que cae sobre las principales ciudades de Europa: la sobrepoblación de las ciudades ha conducido a ver multiplicarse por doquier los problemas de higiene, salubridad, orden público, albergue y circulación. En ese contexto, la ciudad, con sus posibilidades, podemos ironizar, ha quedado anticuada. Por tanto, sus especialistas han quedado, a su vez, pasados de moda. Al contrario, las nuevas técnicas que surgen al alero del estado, modernidad latente, sabrán anteponerse y sacar buen partido de la invasión de las masas en las áreas capitalinas para someterlas a las necesidades del mercado y la gran industria.

Sin embargo, sólo con la aparición de la construcción industrial la disputa entre el ingeniero y el arquitecto dirime su fallo en desmedro del purismo del primero. Testaferros de ese fallo son los emblemáticos espacios urbanos erigidos para la gran masa de ciudadanos, donde se confunden burgueses y proletarios y se produce, hasta ciertos términos, la mezcla de los “de arriba” y los “de abajo” al calor del hierro y el vidrio (Giedion, 2000). Como en el caso mencionado más arriba, allí también se origina la propia subordinación de la arquitectura a la necesidad de construcción rápida y en serie (golpe a la identidad que confiere la forma) de obras públicas para el control y la seguridad de los espacios de la nueva metrópolis capitalista.

A todas luces sería una exageración decir que Ledoux es nuestro contemporáneo, sin embargo, podemos aceptar que algo nos une a él. Ledoux encarna el destino del arquitecto que desconoce el límite con el trabajo de ingeniero, como lo muestra claramente el ejemplo de La Salina real de Arc-et-Senans. El arquitecto debe *atar* su “fantasía formal” al centro que le otorga la función. Dicho en otros términos, pareciera que sólo durante este período – en distintos momentos y por caminos diferentes – con los ojos puestos en el territorio, y por primera vez en la historia, la arquitectura se vuelve hacia el pueblo llano, a las nuevas necesidades que claman respuestas rápidas, haciendo a un lado, en parte, su marcada tendencia a representar, adornar y construir el palacio de los notables y su decorado faraónico.

En el próximo apartado, intentaremos brevemente puntualizar cómo acontece este paso del *arkhé* desde la forma a la función que marcará el devenir de la arquitectura al cambiar el centro de gravedad de la Ciudad al Estado, surgiendo una nueva serie de aparatos, saberes y técnicas anclados en la ciencia positiva de las necesidades del ser social y del Estado.

Policía del territorio

Sería conveniente ahora revisar parte del trabajo que ha desarrollado Michel Foucault en sus cursos tocando de manera indirecta la arquitectura. Para el francés, el primer urbanismo, o “protourbanismo”, antes de los ejercicios realizados por arquitectos y políticos del siglo XIX, es precisamente un dispositivo de policía y, por lo mismo, de Estado, que permite coordinar elementos heterogéneos: discursos, instituciones, arquitectura, reglamentos, etc. Puesto el asunto en otros términos, quien responde sistemáticamente a los asuntos que afectan a las grandes ciudades es, pues, la policía, que yace fundada en la “razón de Estado” (Foucault, 2006, p. 387).

La policía será la encargada de traer el “bienestar” a los ciudadanos, tejiendo una red compleja que comprende el control de la correcta disposición de los precios en el mercado, la rehabilitación e higiene de lugares “enfermos”, tanto para bienestar de sus habitantes como para rentabilizar los territorios de la ciudad, deprimidos por la acción de la superpoblación. Según el filósofo francés, la policía se entiende como un mecanismo al interior del Estado, una técnica de gobierno propia de éste; instituye dominios, técnicas y objetivos que apelan a la intervención del Estado, tal como advierte Hegel, quien asume esta concepción de la policía como parte y funcionaría de la administración pública interior del Estado.

El control y la previsión policial tienen la finalidad de mediar entre el individuo y la posibilidad general existente para el alcance de sus fines individuales. Tiene que preocuparse por la iluminación pública, la construcción de puentes, los precios de los artículos de primera necesidad, la salud, etcétera. Sobre eso hay dos puntos de vista principales. El primero afirma que el poder de policía le corresponde el control sobre todo; el otro, que no tienen ninguna función porque cada uno se rige por las necesidades de los otros. El individuo debe tener, por cierto, el derecho a ganarse el pan de esta u otra manera, pero, por otra parte, el público también tiene el derecho a reclamar que lo necesario sea producido de modo conveniente. Se debe satisfacer ambos aspectos, y la libertad de comercio no debe llevar a poner en peligro el bien general (Hegel, 2004, p. 216).

Tal definición puede ser extraída de la lectura de diferentes “Tratados de Policía”. Louis Turquet de Mayerne (1550-1615) escribe *La monarchie aristodémocratique*, que será publicada en el año 1640, pudiendo advertirse que el asunto que atañe a la policía es extremadamente amplio, pues su objeto es: “el hombre vivo activo y productivo” (Foucault, 1981, p. 155) que supone, podríamos agregar,

intercambios en un medio. En otras palabras, hombres y cosas admiten una relación de mutua interferencia que conduce al análisis de: (a) la coexistencia de los hombres sobre un territorio, (b) la relación de los hombres basada en la propiedad, (c) la producción y el intercambio de mercancías. Un análisis tal guarda relación, en primer lugar, con el “esplendor de la ciudad”. No solamente con su belleza o con la organización de su espacio, sino propiamente con su vigor. En segundo lugar, la policía estará netamente implicada en la vigilancia del trabajo y el comercio (Foucault, 1981, p. 155). En suma, en el texto de Turquet, la policía se ve orientada a “dar vida” a los hombres y, así, “dar fuerza” al Estado (Foucault, 1981, p. 156).

Nicolas Delamare (1639-1723) escribe su *Traité de la police* el año 1707, estipulando que la policía deberá vigilar las siguientes determinaciones al interior del Estado: religión, moralidad, salud, provisión, rutas, puentes y caminos, y edificios públicos; salud pública; artes liberales (arte y ciencia); comercio; fábricas; los funcionarios y los trabajadores; finalmente, los pobres. De esta manera, la policía toca a todo lo que se relaciona con la “necesidad” y al mismo tiempo con la “felicidad”, con el “vivir bien” de los hombres (Foucault, 1981, p. 157).

En varios pasajes, Aristóteles se opone a Platón en lo que refiere a la cuestión de la unidad de la *pólis*. Para Platón, el comienzo y el peor de todos los males de la ciudad es la división de sus partes, pues rápidamente tras ésta arriba el conflicto y la violencia (Platón, 1988, p. 264-265). La división es nociva, pues advierte la presencia de una dis-cordia entre los miembros que debiesen constituir la unidad, la con-cordia, de un solo y mismo cuerpo. Para el discípulo, en cambio, la ciudad instaura una cierta multiplicidad; por ello, no se puede pensar en analogía con el individuo: si bien le conviene una de-

terminada unidad le es incluso más necesaria una cierta separación o autonomía entre las partes que componen su unidad (Aristóteles, 2008, p. 99). Para Platón, al contrario, el orden aparece en la ciudad como resultado del respeto de una “arquitectura” y, por tanto, de la subordinación de cada parte a su función (Platón, 1988, p. 241). Para Aristóteles, en cambio, el orden político, no así el del organismo humano, depende de un *mero* acuerdo, que es y debe ser siempre contingente, entre los ciudadanos. En otras palabras, la ciudad a los ojos del estagirita precisamente se distingue por su capacidad de dividirse y de seguir siendo *una*. Si ha de ocurrir de ese modo es porque Aristóteles define lo propio del hombre, lo que él mismo es, como un determinado modo de estar: el modo de ser que se desarrolla en la *pólis*, la vida libre, pero como vida política ordenada a la virtud. Por ello, éste afirma en su *Política* una primera y principal distinción: la vida del hombre *no es* o no se reduce a la vida de las necesidades de una comunidad “natural”. Teniendo en cuenta que el hombre es el único animal⁵ que posee *lógos*, su destino es la comunidad del “vivir bien”⁶.

Las consecuencias de este razonamiento no son menores. A partir de la definición de Aristóteles se verá que se unen estrechamente la ética y la política, es decir, la formación de un carácter en atención al bien y la discusión sobre qué sea ese “vivir bien” para una comunidad determinada. El bien no es otra cosa que aquello que se decide como conveniente la propia comunidad⁷, compuesta por individuos dotados de mayor o menor virtud; por tanto, éste que es un bien sin igual constituye un objeto de litigio para los ciudadanos que no aguarda ningún saber absoluto⁸.

En los dichos de Aristóteles, la política viene a subordinar el saber de todas las artes a la política y ésta, a su vez, a la ética. No obstante, este fin que sólo podía

⁵ Como explica Labarrière: “Aristóteles distingue la razón humana de la inteligencia práctica a la que algunos animales están conminados, incluso a algún tipo de facultad representativa (*phantasia*): algunos poseen la sensación del tiempo pasado, pueden retener imágenes, entonces, pueden ‘pre-ver’, tipo de *Phronesis*” (Labarrière, 2005, p. 23).

⁶ La vida del hombre no se reduce a su pertenencia a la comunidad familiar donde crece, se alimenta y desarrolla su vida “animal”, su destino es la comunidad política donde puede “vivir bien”. Pero la comunidad de origen es fundamental, pues allí se despertaría el carácter social primitivo del hombre, pues está constreñido a crecer en su seno por necesidad. En la familia se desarrolla su segunda naturaleza ética y política que le lleva a unirse voluntariamente con otros en la ciudad: junto con otros el hombre decide lo conveniente e inconveniente para la comunidad. De manera que “vivir” y “vivir bien”, como fines de la casa y la ciudad respectivamente, no pueden darse por separados sino que al ser la ciudad una comunidad más perfecta incluye y permite el fin de la primera. (Aristóteles, 2008, p. 50). El hombre tiene su lugar “entre” los animales solitarios, con características familiares desarrolladas, y los gregarios con poco o nada de “valores familiares” (Labarrière, 2005, p. 58-59). Yace en medio de ambos, comparte valores familiares, pero se sustrae a ellos, vive en grupo, pero se aparta. Como un bicéfalo encuentra dentro de sí dos impulsos contrarios: el de permanecer sumido en la comunidad y el de apartarse distinguiéndose de ésta. No obstante, su falta de pertenencia definitiva a uno de estos grupos no es ninguna carencia, al contrario define su propia excelencia porque es su facultad de decidir la que le lleva a vivir a distancia “en” la comunidad, la que le lleva a salir del *oikos* para asociarse y disociarse, a buscar un acuerdo sobre qué conviene a su comunidad o a manifestar su desacuerdo cuando viene el caso en el manejo de esos asuntos comunes.

⁷ La posibilidad de deliberar en orden a un fin. De entre los distintos géneros de animales no existe otro con esa facultad; aunque manifiesten un tipo de organización “comunitaria”, el resto de los animales reflejará el automatismo de la naturaleza, pero en ningún caso el *lógos* que conduce al hombre a establecer un juicio entre lo conveniente y lo inconveniente para la comunidad. En el fondo se trata de situar al hombre entre los animales gregarios, pero distinguiéndolo, pues es el único dotado de *lógos* para expresar lo justo y lo injusto, capaz de estar en acuerdo y en desacuerdo con otros, con ello, capaz de distanciarse de sus propios pares (Labarrière, 2005, p. 37).

⁸ El bien –de acuerdo al fin– lo decide la comunidad (cf. Aristóteles, 1998, p. 513-514) y como se sabe en Aristóteles ésta sólo puede ser una pluralidad de individuos (cf. Aristóteles, 2008, p. 45).

llevarse a cabo en la ciudad, definida por la heterogeneidad ciudadana, en plena modernidad se ha convertido en una función de un organismo del Estado. En otras palabras, la antigüedad griega, si bien había estado profundamente marcada por una participación minoritaria en los asuntos de la política, reservada a los hombres libres en edad adulta, el civismo resplandecía en los eventos y conmemoraciones populares que convertía sus calles, plazas, mercados y templos en culto público. La política quedaba de esa manera entrañablemente unida al espectáculo de la palabra y la discusión, tanto como a la representación trágica que, frente al destino del héroe, unía a todos en un mismo quebranto. En cambio, partiendo de una reflexión de Foucault, en una sociedad donde los elementos principales no son ya la comunidad y la vida pública, sino los individuos privados de una parte, y el Estado de la otra, las relaciones no pueden regularse sino en una forma exactamente inversa a ese espectáculo en el que “todos” jugaban un rol: “Al tiempo moderno, a la influencia siempre creciente del Estado, a su intervención cada día más profunda en todos los detalles y todas las relaciones de la vida social, le estaba reservado aumentar y perfeccionar sus garantías” (Foucault, 2002, p. 220). En ese contexto es que la policía se concentrará en satisfacer *todo* aquello que compete a la reglamentación de la sociedad y sus relaciones, erigiéndose como el único órgano que yace orientado a la conquista de la felicidad de los ciudadanos, partiendo de la vigilancia del cumplimiento de sus primeras necesidades.

Finalmente, según Nicolas Delamare, como también quedaba consignado en el tratado anterior, la policía tendrá que habérselas también con la vida, pues la vida en todas sus formas deviene su objeto, tratando acerca de lo indispensable, lo útil y lo superfluo, observando aquello que resulta fundamental para “sobrevivir”, “vivir” y “vivir bien” (Foucault, 1981, p. 157).

Peter Carl Wilhelm von Hohenthal (1754-1825) publica *Liber de politia* en 1776. Al igual que en el texto de Delamare, en su tratado se especifica que el objeto de la policía se extiende a la religión, la moralidad, la salud, la comida, la seguridad de personas y bienes, la administración de la justicia, la distracción de los ciudadanos (Foucault, 1981, p. 159). No muy distinto será el caso de Johann Heinrich Gottlob von Justi (1717-1771) con su *Éléments généraux de la police* aparecido el año 1779. El objeto de la policía, según se advierte, será: “la vida en sociedad de los individuos vivientes” (Foucault, 1981, p. 158), teniendo en cuenta que para su cumplimiento no impone ningún contenido, como tampoco de manera restringida ninguna vigilancia, sino que propiamente habrá de esforzarse en conocer las distintas facetas en que se desenvuelve territorialmente esa sociedad de vivientes concreta y libre. Así, pues, la cuestión que debe saltar a la vista sin necesidad de especulación es *cómo* está poblado el territorio, *quiénes* son sus habitantes, *cuáles* son sus

mercancías y *cómo* se produce su circulación (Foucault, 1981, p. 158), con el fin de conocer las dinámicas que alimentan y debilitan el grupo social que vive libre.

Puesto el asunto en tales términos, Foucault destaca que la policía se arroga una doble misión que puede sonar como un contrasentido: en primer lugar, su misión consiste en hacer crecer el poder del Estado, ejerciendo su fuerza en toda su amplitud, mediante el conocimiento concreto de la dinámica que constituye lo social, en tanto conjunto de individuos que habita un territorio; y, en segundo lugar, paralelamente, junto con esta empresa de institución del territorio, la policía se afirma como la única disciplina capaz de hacer felices a los ciudadanos (Foucault, 1981, p. 159). En otras palabras, la importancia de sus objetos traduce el inmenso poder de este nuevo aparato que define la policía, en un tiempo en que la reflexión y la práctica política se hace depositaria de una enorme desconfianza: la política, a diferencia del espíritu positivo que empapa la policía, guarda un sentido eminentemente negativo, como aquel que representa la imagen de un Estado que lucha tanto con sus enemigos externos como internos. En cambio, la policía encierra un sentido eminentemente positivo – fiel al espíritu de los tiempos en que se implanta – como es el de entregarse a ese doble objetivo que comprende paralela y entrañablemente la felicidad de los individuos y el vigor del Estado.

Surgimiento del urbanismo

La policía nace en los márgenes de la disolución de la representación teológico-política (marcadas por el peso simbólico que entrañan la Jerusalén celestial y la ciudad ideal, de la ciudad) para hacer emerger en su lugar una concepción técnico-científica que regla los modos de ocupar y hacer uso del territorio que comprende lo social. Así, pues, la policía será el órgano encargado de alumbrar una vía allende el conflicto, elemento esencial a la representación política de la heterogeneidad que representa la ciudad desde Aristóteles, reduciendo la metrópolis a una red homogénea donde circulan hombres y mercancías. La transformación que describimos no puede ser más rotunda: al pensar la ciudad, no se recurre a su representación política, de la mano de filósofos que *especulan* acerca de su fin, sino a la voz de los profesionales que proyectan y construyen a la vez un orden social y espacial que transforma de manera cualitativa y cuantitativa el territorio de la ciudad. En otras palabras, la nueva “cosa pública” (lo que en Grecia se identificaba con el trato colectivo de los asuntos de la *polis*) deviene objeto económico, pero de una economía extendida, que se refiere tanto a las necesidades más básicas, como al propio bienestar y felicidad de la población, que resulta también objeto de cálculo. Ya nada hay que buscar, nada hay oculto – ni para acordar ni diferir – pues la cosa común ha dejado de ser un misterio para convertirse en

“objeto” de saber (Landaeta y Espinoza, 2013). Una vez que un saber “sobre” el hombre y sus necesidades impone su impronta, aparentemente la búsqueda colectiva de lo común – el vivir bien – se vacía de sentido. Pues ya no se trata de buscar, descubrir o negociar colectivamente un punto de equilibrio, sino de engendrar lo común, haciendo que los individuos – desde ahora pasivos – formen parte del propio “mecanismo” de la ciudad, de esa sincronía indefectiblemente marcada por la jerarquía de los sujetos en el proceso productivo.

La explosión urbana y el aumento de habitantes de las ciudades vienen a romper la unidad orgánica tejida entre ciudad y ciudadanos⁹. La ciudad industrial se habrá convertido, al cabo de pocos decenios, en el escenario de la opacidad de un mecanismo productor de miseria (Delfante, 2006, p. 91): junto con constituir un sueño de sociedad, la metrópolis industrial resulta también la peor pesadilla que la ciudad había jamás conocido: carencia de habitación popular, a las enfermedades y la decadencia moral (Ragon, 1986, p. 57):

L'agglomération extrême des populations dans les villes, l'insalubrité des logements, la contagion de l'exemple, les abus du régime manufacturier, l'incertitude du travail, l'abandon des enfants, caractérisent généralement les grands centres de fabriques et se trouvent réunis au plus haut degré d'intensité dans la Seine-Inférieure... les deux affligeants (points) sont l'insalubrité des logements et l'abus du travail des enfants dans la manufacture. C'est par là que le mal se perpétue dans sa fleur, en créant une population malade, souffreteuse, à qui manque toute à la fois la force physique et la valeur morale (Ragon, 1986, p. 39).

A partir de 1826, la *Compte générale de l'administration de la justice criminelle*, criminalizando esa miseria, muestra el fuerte crecimiento de los comportamientos delictuales en la capital. La *Gazette des tribunaux* especialmente contribuye al crecimiento del sentimiento de inseguridad, relatando los constantes ataques nocturnos que sufren las gentes de bien, así como la multiplicación de los procesos criminales que se han cursado contra los malhechores. Distintas investigaciones muestran, pues, que los pobres, a fuerza de carecer de medios para la sobrevivencia, encuentran en el robo, la prostitución y otras conductas impropias los medios para sobrevivir (Delfante, 2006, p. 91).

Hasta 1852 París luce un rostro común al de las otras ciudades superpobladas del siglo XIX: las epidemias son frecuentes, la pobreza y la delincuencia amedrentan la población burguesa, sin embargo, lo que diferencia París

de las ciudades europeas en pleno desarrollo industrial, y tal sería su punto distintivo, es la revuelta:

Paris, tel qu'il était au lendemain de la révolution de 1848, aller devenir inhabitable; sa population singulièrement accrue et remue par le mouvements incessants du chemin de fer, dont le rayon s'étendait chaque jour davantage et se reliant aux voies ferrées des nations voisines, sa population étouffait dans les rues putrides, étroites enchevêtrées où elle était forcément parquée (Benjamin, 2009, p. 148).

En gran medida, bajo las órdenes del Barón Haussmann el proyecto de una nueva ciudad cobra una vida autónoma (Benjamin, 2009, p. 148-153): modernizar París, higienizar París, embellecer París, rentabilizar París, proteger París, defender París. La ciudad aparece a los ojos de Haussmann como una entidad que cobra una vida autónoma, a la que debe plegarse el aliento vital de sus ciudadanos. La ciudad, en otras palabras, se convierte en una fábrica de individuos y para ellos es que el Barón estipula la ejecución de obras públicas características: expropiación de viviendas e industrias (Benjamin, 2009, p. 147), ensanche de avenidas (Benjamin, 2009, p. 151), construcción de túneles subterráneos (Benjamin, 2009, p. 147), derribo de todo el pasado de la ciudad (Benjamin, 2009, p. 152), construcción de monumentos (Benjamin, 2009, p. 156). En pocos decenios no sólo la fisonomía de la ciudad había cambiado, sino, paralelamente, su composición humana y estructural: “La reconstruction de la ville... en obligeant l'ouvrier à se loger dans les arrondissement excentriques, avait rompu le lien de voisinage qui le rattachait auparavant au bourgeois” (Levasseur, 1904, p. 775, in Benjamin, 2009).

En París las demoliciones fueron estratégicas: eliminar todas aquellas calles que fueron objeto de barricadas en enfrentamientos con la autoridad, cuando un puñado de insurgentes ponía en jaque todo un destacamento militar (Benjamin, 2009, p. 155). Las grandes avenidas puestas en lugar de las estrechas calles han de servir para comunicar fácilmente el corazón de París con sus estaciones de trenes (Benjamin, 2009, p. 153). ¿Cómo interpretamos tales estrategias? Ambas acciones obedecen al mismo principio: favorecer la circulación y evitar el estancamiento; ambas intervenciones dislocan la ciudad subordinando el “estar” al “fluir”, el “morar” al “movilizar”. Con lo cual, la respuesta del Prefecto a la crisis de la ciudad es con todo mucho más que una mera reacción. En primer lugar, las obras de Haussmann son concebidas según una idea de orden y control que se une y al mismo tiempo se distancia de

⁹ Como muestra Foucault, en el paso de la ciudad a la metrópoli puede notarse que la masa es el resultado de las técnicas de producción de sujetos aptos para el trabajo fabril, una vez que la vida rural ha sido “superada” como forma de vida predominante. El control y el saber se realizarán ambos con vistas a ese nuevo “ensamble social” cuya sola unidad es producto de las técnicas de cuantificación, cuya cualidad resulta inútil de discernir. Tal objeto que desafía los métodos de análisis tradicionales rápidamente llega a ser medido gracias a la introducción de la estadística –que será fundamental para el nacimiento del concepto de “población”, clave, para la policía y para el saber de la ciudad– momento desde el cual la masa se rinde al número que desde entonces se ocupa de su bienestar, su crecimiento

la razón de Estado, entendida como el principio que vigila el orden de la interacción de propietarios en el mercado para el crecimiento de las fuerzas del Estado. Si definimos su trabajo político en términos semánticos, sus obras son un golpe a todo intento de insurrección, pero también a toda contestación, a toda acción de la multitud por definir colectivamente un uso de la ciudad; por ello, también, sus obras se disponen al mismo tiempo contra la heterogeneidad, contribuyendo al anonimato de la gran masa de seres urbanos y a la operatividad de los territorios gestionados por la moderna policía. Ahora bien, cuando intentamos definir sus obras en términos estéticos, cuestión que no se reduce al mero estilo, con una clara vuelta al pasado, sus intervenciones son propias de un trazado de perspectiva, de acuerdo a la necesidad soberana de comprender la ciudad *desde arriba*, al golpe de una mirada.

La imagen del paisaje urbano que produce la pintura de perspectiva está esencialmente reducida a un mundo ausente de hombres, como si el propio orden de la ciudad dependiera de su ausencia. Precisamente, en las obras pictóricas acerca de la ciudad ideal en el Renacimiento, los hombres han sido borrados de sus calles o reducidos al mínimo, usurpando su lugar la mano del artista y del arquitecto que destina cada elemento a su lugar para asegurar la armonía del conjunto. La razón estriba en que los movimientos erráticos de los hombres empañan la perfección de la ciencia y el arte¹⁰. Junto con la representación de la ciudad ideal en la *veduta* se atestigua el mismo gesto. La representación de Jacopo de Barbari (1445 o 1470-1515 o 1516), *Veduta di Venezia (1500)*, se

ofrece como uno de los casos donde la vista de la ciudad ideal se expone allende las posibilidades del ojo humano, mediante la combinación de dos técnicas desarrolladas en el Renacimiento, a saber, la cartografía del territorio y el plano de la ciudad. Su *veduta* nos entrega un conocimiento medianamente exacto del estado de la propia ciudad al momento de la obra. Y, aparentemente, lo simbólico aquí desaparece; la regularidad y la rectitud del aparato de perspectiva yacen ausentes, pero de ser así es en favor de un realismo más intenso que viene a identificar la ciudad ideal con una ciudad ya existente, Venecia, gracias a la introducción de la perspectiva del espectador en el cuadro: la ciudad se ofrece a la eternidad de un instante en que el espectador la controla con la mirada desde lo alto.

La perspectiva en el Renacimiento había contribuido al perfeccionamiento del conocimiento de la naturaleza y a la exaltación de la dignidad individual del hombre – en el papel que juega el espectador – en su introducción como parte constructiva de la obra que controla el espacio de manera panóptica¹¹. Utilizada por Haussmann, la perspectiva se convierte en instrumento soberano de dominio de las formas erráticas que describen los movimientos de los habitantes de la ciudad, dominio que se conjuga con la mayor libertad que adquieren los ciudadanos tras el fin del antiguo régimen.

Urbanismo: arquitectura e ingeniería

Aquello que podríamos llamar la realización de la ciudad en la metro-polis del siglo XIX parece coincidir

¹⁰ Jean-Louis Déotte nos señala una cuestión de singular importancia, a saber, la subjetividad es originada como un *efecto* del “dispositivo de perspectiva”. El punto de vista no se constituye por un sujeto ya presente, sino gracias al aparato que constituye la objetividad y la subjetividad. En palabras de Déotte, el sujeto está en el cuadro (objetivo) antes de erigirse y ser punto de vista de este (Déotte, 2010, p. 22), dando paso a una arquitectónica de la visión (Déotte, 2010, p. 25). Llevando las cuestiones hasta sus últimas implicancias, según el autor cabe interrogarse cómo la irrupción de la representación que trae consigo el aparato de perspectiva, de un universo compuesto de perspectivas múltiples, puede ser el correlato de otra manifestación, a saber, la aparición de una nueva soberanía, la del artista. Si es fundamental recordar esta cuestión es porque la identidad del mundo común, del universo donde se reúne lo múltiple es una identidad de representación. Esto quiere decir que el mundo común, múltiple, paradójicamente se encarna en tres imágenes del Uno: Ciudad (Príncipe), Pintor y Sujeto. En primer lugar, la ciudad es un valor, una identidad, una figura singular que toma el lugar de lo infigurable: la división de la ciudad consigo misma (Déotte, 2010, p. 39). Del mismo modo en que el pintor es un valor que no puede adquirir forma, sino gracias a la multiplicidad de perspectivas y el sujeto es un substrato de la representación. Los tres son, pues, representaciones que recubren la experiencia de la división: la división de la ciudad que no puede devenir cuerpo; la división de la representación en la distinción de punto de fuga y punto de vista; la división del yo, en tanto que se distingue de todo lo que no es él mismo (Déotte, 2010, p. 40-41). Junto a la identidad de representación es necesario hacer notar la aparición de una “vista universal”, de una visión sin determinaciones (Déotte, 2010, p. 88), por tanto de una perspectiva absoluta, que permite en definitiva la puesta en escena de las tres representaciones como tres forma del absoluto: la singularidad de las singularidades es, pues, el absoluto de la identidad conquistada en representación. La pregunta que surge, entonces, es: ¿es posible transferir el orden pictural al orden político? Según Déotte, bastante distante de nuestra opinión, el anunciado mundo de perspectivas infinitas lo constituye la República. Históricamente, ésta abre las puertas de lo político a la infinitud de talentos. Para su existencia se debe asumir o suponer, en primer lugar, la existencia de una multiplicidad de puntos de vistas. Esta apertura constituye, según Déotte, un “lugar universal”, suelo común cuyo principio es el de la equivalencia de todos los puntos de vista (Déotte, 2010, p. 112). La serie de ciudades ideales parece entonces como promoción de la multiplicidad, planteando su ejercicio estético-político desde el centro vacío del cuadro, lugar simbólico desde donde se ejerce/reparte el poder a cada uno de los espectadores/perspectivas.

¹¹ Las palabras de Panofsky a este respecto son fundamentales: La perspectiva es por naturaleza un arma de doble filo; por un lado ofrece a los cuerpos la posibilidad de desplegarse plásticamente y moverse mímicamente, pero por otro ofrece a la luz la posibilidad de extenderse en el espacio y diluir los cuerpos pictóricamente; procura una distancia entre los hombres y las cosas [...] pero suprime de nuevo esa distancia en cuanto absorbe en cierto modo en el ojo del hombre el mundo de las cosas existentes con una autonomía frente a él; por un lado reduce los fenómenos artísticos a reglas matemáticas sólidas y exactas, pero por otra las hace dependientes del hombre, del individuo, en la medida en que las reglas se fundamentan en las condiciones psicofisiológicas de la impresión visual y en la medida en que su modo de actuar está determinado por la posición de un “punto de vista” subjetivo elegido a voluntad. Así con igual derecho la historia de la perspectiva puede ser concebida como un triunfo del distanciamiento y objetivamente sentido de realidad, o como un triunfo de la voluntad de poder humana por anular las distancias [...] (Panofsky, 2008, p. 49).

con el fin de la idea y concepción dominante de la ciudad en la historia. De esta experiencia es tributaria la obra de Ledoux, atenta a plasmar las necesidades de la nueva ciudad y homologarla a la actividad del arquitecto-ingeniero, que él mismo contribuyó a popularizar con su trabajo en Las Salinas. Un lector a la distancia atento a esa historia (que parece extraer las principales consecuencias del advenimiento y de la crisis en la que más tarde entran la metrópolis y las masas urbanas por la falta de un *verdadero* pensamiento de la ciudad) es un prócer de la arquitectura y del urbanismo del siglo XX, Le Corbusier.

París, por obra del Emperador y su prefecto Haussmann, deja de ser una capital para la nación y se convierte en la metrópolis por excelencia: su destino es el mundo (Benjamin, 2009, p. 157). La obra de Haussmann, temeraria, y *amateur* en muchos sentidos, según el propio Le Corbusier (Benjamin, 2009, p. 156), encantará al urbanismo por los mismos motivos que será ahora motivo de crítica: Haussmann habrá hurtado París a sus ciudadanos para convertirla en un artificio (Benjamin, 2009, p. 155), semejante según a un mercado, a una cantera, arena de ambiciones o festín de placeres, tal vez, imposible de ser habitada: París invita al nomadismo (Benjamin, 2009, p. 153) y el parisino no volverá a sentirse en casa (Benjamin, 2009, p. 152).

Para el arquitecto de origen suizo, la arquitectura es siempre un hecho urbano en la medida en que toda edificación incide en un ensamble mayor, el de la urbe. En otras palabras, la urbe se ve constantemente afectada por problemas que sobrepasan los asuntos de la arquitectura, vale decir, problemas sociales, económicos y políticos de su situación actual y de los desafíos futuros. Fundamental es sostener que la arquitectura no puede dar la espalda a la escala urbana que adquiere y transforma la ciudad esencialmente. De ahí que la función preceda a toda intención o voluntad meramente “arquitectural” que tendría por objeto una ciudad “ahistórica” y que se contenta con utilizar el pasado como fuente de verdad. Lo que debemos tener en mente sin nostalgia – siguiendo los razonamientos de Le Corbusier – es que la ciudad *política* ha muerto para emerger en su lugar un ente extraño, todavía por definir y nombrar, que da la bienvenida al ingeniero y al urbanista. El término “ciudad” cae en un vacío sin sentido, estéril a la hora de pensar nuestro presente y de definir la experiencia que marca la presencia y expansión del *grand ensemble* o *équipement collective*, testafarro de su propia muerte y anuncio de su porvenir cimentado en las nuevas técnicas de construcción y cálculo del ingeniero. Y, no obstante, para quien verdaderamente comprenda este fenómeno, la arquitectura sólo podrá consumir su más alta potencia al deshacerse de su historia o poniéndola como base de lo que hay superar en la nueva escala urbana. Sólo entonces la arquitectura puede devenir la clave de todo (Le Corbusier, 1971, p. 114). Pero, arquitecto y urbanista – el artista y el técnico – no pueden ser ya considerados como dos perso-

najes distintos, sino como dos caras de la misma moneda: el arquitecto deviene urbanista, al igual que todo urbanista debe pensar *como si* fuese un arquitecto.

L'urbaniste n'est pas autre chose que l'architecte. Le premier organise des espaces architecturaux, il fixe la place et la destination des contenants bâtis, il relie toutes les choses dans le temps et l'espace de la circulation. Et l'autre, l'architecte, occupé, par exemple, d'un simple logis, dresse lui aussi des contenants, crée des espaces. Sur le plan de l'acte créatif, l'architecte et l'urbaniste ne font qu'un (Le Corbusier, 1963, p. 11-12).

Esta fusión del arquitecto y el urbanista está marcada por el influjo que ejerce en la época la precisión de la máquina. Le Corbusier reconoce, en este contexto, su principal filiación a las vanguardias del primer cuarto de siglo: la máquina enseña el camino a la liberación: “La grand vie machiniste a profondément remué la société, a fait sauter tous les cadenas, a ouvert toutes les portes [...]” (Le Corbusier, 1963, p. 42). En la época de la máquina, el oficio del arquitecto no puede mirar al pasado, sino aprender de su principal maestro, el ingeniero:

Les ingénieurs sont sains et virils, actifs et utiles, moraux et joyeux, les architectes sont désenchantés et innocupés, hâbleurs ou moroses, C'est qu'ils n'auront plus rien à faire. Nous n'avons plus d'argent pour échafauder des souvenirs historiques. Nos avons besoins de nous laver” (Le Corbusier, 1995, p. 6).

El ingeniero, que había sido el productor del milagro del hierro y el vidrio, figura de renombre en el siglo XIX, se ofrece en el siguiente siglo como el guía idóneo para el devenir urbanista del arquitecto y para el devenir arquitecto del urbanista (Le Corbusier, 1995, p. 6). Así, pues, la fuente del orden de la “postciudad”, concebida como una gran máquina, se halla en la proyección de la perfecta sincronía de sus partes, en la coherente definición de sus límites y, en suma, en la disolución de la ambigüedad y del azar que había gobernado los destinos de la ciudad en su historia: de ahora en adelante, con ayuda del cálculo, es posible hacer ciencia, conocimiento cierto, de las necesidades del nuevo mundo urbano. Pues no hay razón de representarse un “ideal” de ciudad, que torna la espalda al presente, cuando es posible llevar adelante sin espasmos un orden urbano carente de identidad que puede replicarse en cualquier lugar del mundo. La sociedad urbana constituye, pues, esa experiencia de la *post-ciudad*, de la *no-ciudad* o de la *anti-ciudad*, que habrá conquistado la ciudad hasta hacerla explotar. En esa línea, el tejido urbano constituirá el equipamiento de la sociedad urbana, que va a extender su imperio hasta finalizar en urbanización completa de la sociedad, recubriendo prácticamente todos los restos de las ciudades que destruye la industrialización, colonizando el campo, convirtiéndolo en un apéndice de la metrópoli (Lefebvre, 1970, p. 23).

Para ello, no obstante, hay que enfrentarse en primera instancia a uno de los principales problemas que

hemos heredado de la ciudad antigua: la calle (Le Corbusier, 1994, p. 161-162). Fuente de perturbación, caos y confusión, la calle (lo público) debe dejar de ser el lugar del azar y la espontaneidad y el conflicto, para convertirse en el lugar de la circulación del automóvil, con el fin de adquirir la función de conector de los distintos espacios que integran la urbe.

La calle estalla en vías diferenciadas y en calles interiores: estas no funcionan ni como vestíbulo (demasiados apartamentos) ni como una calle (ausencia de ventana, de relación cara a cara, prohibición de jugar...) puesto que la calle ya no puede ser un corredor, el corredor se transforma en calle [...] toda referencia a una experiencia urbana queda abolida: nada de vuelta a la esquina, del vecino de enfrente ni de al lado (Mongin, 2006, p. 154).

Para asegurar la dispersión de los habitantes de las ciudades habrá de concebirse un espacio adecuado a esa función, donde coincida a su vez el espacio para el comercio, cumpliendo a un mismo tiempo con deseos y necesidades de las grandes masas urbanas. Con todo, puede decirse que la postciudad a los ojos de Le Corbusier carece de espacio público para la reunión y el encuentro ciudadano con el fin de forjar en su lugar el escenario del “aislamiento colectivo”, privilegiando por un lado el orden de la circulación que nutre la economía, evitando por otro el conflicto ciudadano que interrumpe los “buenos intercambios”.

En una actitud similar a la que vemos surgir en los tratados de policía estudiados en el apartado anterior, en el nuevo urbanismo la figura del ciudadano se ve reducida a la imagen del consumidor: la ciudad emerge como un gran mercado destinado a satisfacer deseos y necesidades de la población, vaciando todo contenido social del “vivir juntos”.

Frente a esta filosofía de la muerte de la ciudad, a mediados del siglo XX intenta imponerse un nuevo pensamiento de lo urbano, a través de la circulación de las ideas de Henri Lefebvre y de los textos de la “Internacional Situacionista”. En ese momento, filosofía y vanguardia por flancos distintos se concentran en recuperar la ciudad y refundar un pensamiento político de la arquitectura, contra las influencias del Movimiento Moderno en general, y de Le Corbusier en particular, apuntando precisamente contra los lemas que habían servido de base a los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna.

El *Congrès International d'Architecture Moderne* (CIAM) es una de las manifestaciones importantes del movimiento moderno en arquitectura, tal vez la más emblemática. Bajo la égida de Le Corbusier se convocó a renombrados arquitectos europeos para abordar – según el propio arquitecto – problemas que un arquitecto aislado sería incapaz de resolver (Giedion, 1978, p. 390). De esa manera, la arquitectura se erigió como un poder efectivo, obrando desde el corazón de las políticas institucionales,

en el desarrollo de planes, programa y reglamentación urbana, construyendo teorías y prácticas de estandarización que contribuirán rápidamente a la generalización del oficio del arquitecto como del urbanista, como piezas fundamentales de la economía y la política de la ciudad desde el primer cuarto del siglo XX.

El propósito de lo que podríamos denominar el nacimiento de un urbanismo crítico era llamar la atención acerca del impacto en nuestra subjetividad de la depreciación de la dimensión social de los espacios públicos bajo el dominio de las ideas y las prácticas que se habían llevado a cabo siguiendo las reflexiones de la arquitectura moderna. Defender la calle, favoreciendo las instancias de encuentro entre los ciudadanos anónimos, y auspiciar la experiencia lúdica de la vida urbana, como parte esencial de la heterogeneidad de la ciudad, son las preocupaciones que entre los años sesenta y ochenta constituían los preceptos de este urbanismo crítico, que intentaba devolver el espacio de la ciudad a sus ciudadanos, pasando de una escala global a la recreación de una escena local.

La “Internacional Situacionista” (IS) es la agrupación de vanguardia fundada en 1957 a partir de miembros de otras agrupaciones disueltas o integradas como la “Internacional Letrista” o el grupo “CoBrA”. La primera agrupación había obtenido su nombre, algún tiempo después del fin de la Segunda Guerra Mundial, del interés de su fundador, Isidore Isou, por establecer un nuevo sistema de creación a partir de la letra, cuya aplicación sería en primer lugar la poesía, la literatura y la pintura, antes de extenderse prácticamente al conjunto de las artes y las ciencias (Danesi, 2008, p. 43). La segunda, anagrama de Copenhague, Bruselas y Ámsterdam, responde a una historia peculiar, según cuenta Christian Dotremont, su fundador: “Cobra? C’est une histoire de chemin de fer. On s’endormait, on s’éveillait, on ne savait pas si c’était Copenhague, Amsterdam ou Bruxelles” (Lambert, 2008, p. 35). La agrupación, que contaba con miembros no sólo provenientes de las tres ciudades, sino de otras latitudes colindantes como Francia y Alemania, es testigo de la Europa que debe organizarse y construirse después de la guerra (Lambert, 2008, p. 37). Bachelard y Lefebvre van a ser figuras intelectuales claves: para el autor de *La Psychanalyse du feu*, la imaginación material remite a los cuatro elementos, y señala que el pensamiento de los antiguos sabios estaba ligada a una ensoñación material primitiva (Lambert, 2008, p. 54); para el autor de *La critique de la vie quotidienne*, el materialismo de la vida cotidiana puede servir a la crítica de la filosofía o de la propia política: los cambios en la vida cotidiana son los más dignos de tener en mente, pues los otros, los cambios en la política, son todos superficiales.

Y, no obstante, la influencia de la arquitectura y urbanismo en las últimas tres décadas parece bastante distinta del espíritu que instalasen los movimientos sociales por la ocupación del espacio público en los setentas

y ochentas. Con Koolhaas a la cabeza, la arquitectura desde los años noventa parece hablar otra lengua (tal vez no tan ajena como se cree a la de Le Corbusier, pues tiene por centro la despolitización de lo urbano), una lengua que los técnicos del espacio y de las poblaciones, junto con los rentistas del espacio público, habían llevado a su paroxismo. Pero esta vez sin servir a ningún Estado en particular y a ninguna sociedad particular, sino únicamente al gran mercado mundial.

La promesa cumplida: la ciudad ha muerto

Justo cuando podíamos asegurar que el sitio de la arquitectura yacía lejos de la bella Venecia, la fratricida Roma o la sapiente Atenas, más próxima, al contrario, a las grandes “aberraciones” de concreto como Los Ángeles, Bombay, New York o Ciudad de México, vemos que la historia de la arquitectura elige casi como una ironía (y como si tratase por esos mismos medios de firmar su acta de defunción) la ciudad de Venecia, símbolo del Renacimiento y de la gran época del modelo ciudad y de la ciudad modelo. Y si esto ya era sorprendente, qué más decir de la deprimida Venecia que renace de la mano de quien desde varios años ocupa el lugar del gran Teórico de la arquitectura, como antes de él lo hiciese el propio Le Corbusier.

Volvamos ahora los dos hechos aparentemente contradictorios que describíamos a comienzos de este escrito: el primero nos pone ante la elección de Rem Koolhaas como curador de la edición pasada de la Bienal de Venecia, desarrollada en 2014; el segundo, por su parte, expone que tal galardón vino a hacer oídos sordos de las quejas de quienes en la misma ciudad – arquitectos y ciudadanos – habían considerado poco tiempo antes que el propio trabajo de Koolhaas constituía una herida en el seno de la ciudad-símbolo y en el corazón de la arquitectura. Me refiero a la intervención que realiza Koolhaas en el *Fondago dei Tedeschi*, edificio con más de cinco siglos de historia, que está en vías de ser convertido en un Centro Comercial, provisto de una gran terraza con una vista privilegiada de la ciudad, y que será propiedad de los dueños de la popular marca Benetton.

El reclamo frente a este proyecto destacaba que la intervención de Koolhaas se valía de la propia oportunidad brindada por el alcalde de la ciudad para alterar el uso público del patrimonio, hito que atestigua para algunos – los detractores venecianos del proyecto – el triunfo del Mercado sobre el cuidado de la memoria de la ciudad (Fernández, 2012). De cara a esta situación ambigua, la opinión más común se deja leer de la siguiente manera: frente a los beneficios económicos (que ascienden en lo inmediato a seis millones de euros según nota del diario español *El País*), ya no tiene peso la voz de los indignados, ciudadanos y arquitectos. Pese a esta acertada opinión, cabe distinguir algo de real importancia: Koolhaas no es la

diana que canta una segunda tonada para el fin del arquitecto – expulsado de su lugar de privilegio – y la muerte de la ciudad, sino que llevando hasta sus últimos extremos la afirmación de Le Corbusier acerca de la muerte de la ciudad – y con ello de la nimiedad del proyecto integral y de la ética “ciudadana” del oficio – éste de ninguna manera se limita a saludar el fin de uno y otro, puesto que se encarga de erigir – a través de los medios que le ofrece la gestión gubernamental – el decorado faraónico del capitalismo que subordina la identidad del lugar a los flujos de mercado.

La especulación inmobiliaria, uno de los principales delfines del capitalismo, logra que todo lugar se supedite a su posición ocasional dentro de una red funcional que describe los márgenes de lo que podríamos denominar una “geografía líquida”. En alguna medida esto que se dice podría ser extraído del texto de Koolhaas que conmovió la teoría de la arquitectura y el urbanismo en los años noventa, *La ciudad genérica* (Koolhaas, 2006): Aeropuertos y Centros Comerciales se auguraban entonces en ese pequeño manifiesto como los principales lugares o no-lugares de una ciudad sin fronteras, de escala mundial, sin notas particulares, de fácil levantamiento y abandono, ente carente de historia y de geografía “dura” (Koolhaas, 2006, p. 6). La “ciudad genérica”, en tanto monumento a la amnesia, se consagraba al éxito disolviendo la heterogeneidad que funda la ciudad y consecuentemente la memoria del conflicto ciudadano en una ciudad de márgenes ilimitados o, en otras palabras, erigiendo una ciudad a escala mundial que no es sino un “gran margen” (Marot, 2010, p. 11-15).

Si traemos hasta aquí estas notas de la historia de la arquitectura es consecuencia de la extraña sensación que despierta en los lectores de la actualidad noticiosa el recuerdo de la reacción airada de quienes se oponían al *mall* veneciano de Koolhaas, constatando la insolencia del gesto, el asalto a la ciudad que parecía sagrada; sumado a la constatación de la gloria que lo celebraba como el Gran Jefe de la bienal recién pasada, acontecimiento que parece cerrar un gran círculo de la historia, recordando en escorzo que quienes defienden el oficio del arquitecto vestidos con ropajes de otras épocas figuran en la actualidad como piezas anacrónicas de una historia que a la ciudad vio hundirse y despertar en su lugar – y tal vez gracias a su propio silencio – el tinglado de la “ciudad genérica”.

Según podemos deducir, todo parece desencadenarse de manera más o menos “normal” cuando aeropuertos y *malls* despliegan sus alas en territorios de fantasías – o de horror – en los márgenes de nuestras ciudades, pero el malestar adquiere un nuevo tenor cuando su abominable presencia emerge en pleno centro de la Ciudad. ¿No nos dice esta situación que, parafraseando a Nietzsche, el margen está en todas partes? El “caso” Koolhaas constituye el mejor ejemplo del triunfo “institucional” de una arquitectura que ha renunciado a reconstruir o refundar

constantemente – y según cómo lo exija la época – su dimensión política, llegando al contrario a descender el último peldaño en la degeneración del estado actual de la ciudad y de lo político. Con Koolhaas a la cabeza de la bienal de 2014 ¿Podemos decir que lo hemos visto todo, asistiendo a la rescenificación del final de la ciudad con ese tiro de gracia asestado a Venecia?

A modo de conclusión: para combatir la amnesia

El desafío de un pensamiento crítico en general según Foucault constituye pensar el “hoy” (Foucault, 1983, p. 341); leído por Deleuze y Guattari, ese lema se convierte en: “pensar el acontecimiento”, lo nuevo, lo que irrumpe en nuestro tiempo y con su filo corta en dos nuestro presente, creando un antes y un después (Deleuze y Guattari, 1993, p. 112-113). Teniendo ello en cuenta, al proponer un texto al modo de una cartografía de la historia que pone en la cumbre a Koolhaas, cabe preguntarnos, precisamente, por la transformación actual de lo urbano, pues nuestra situación no es tanto la de su explosión – la del crecimiento desmesurado de las poblaciones y sus territorios – sino la de ese gesto arquitectónico que convierte toda memoria, toda obra, en amnesia, o dicho con todas sus letras, todo lugar en mera generalidad, dependiente de los vaivenes del mercado. La pregunta es entonces de qué manera pensar políticamente la relación de arquitectura y urbanismo, ocupándonos del fenómeno de la extensión de esa amnesia; preocupándonos de observar el continuo proceso de despolitización de los espacios a través de una ontología crítica de la idea de “lugar”. Acostumbrados a las referencias constantes a los no-lugares, hemos tal vez olvidado que la vida política de la ciudad sólo puede consistir en compartir junto a otros – y en heterogeneidad – un mismo sitio. Mientras la arquitectura oficial continúe encantada con los creadores del vacío, nuestras ciudades seguirán endosando su futuro a la atracción de capitales que permitan a toda costa su permanencia *fantasmal* en el tiempo.

Algo semejante creemos que había destacado el geógrafo David Harvey. Según éste, lo que ha hecho el capitalismo es someter regiones y ciudades al vaivén de las necesidades del mercado global, gestando una geografía inestable que permite la “toma” y el “abandono” de territorios – el uso y el abandono de ciudades; la transformación de barrios en museos; la expulsión de los habitantes de su espacio cotidiano, mediante incontables estrategias de gentrificación, etc. – donde arquitectura y urbanismo figuran orquestando la geomorfología del capital.

La preponderancia del mercado inmobiliario en la economía global del capitalismo es sólo la cara visible de un fenómeno más general que puede denominarse, siguiendo a Harvey, “geografía del nuevo imperialismo”, apelación que indica un hecho y señala al mismo

tiempo la pertinencia del diseño de una nueva práctica de pensamiento crítico. Para Harvey, el capitalismo sólo ha sobrevivido gracias a la transformación de las relaciones espaciales y a la aparición de estructuras geográficas particulares, como centro-periferia; primer-tercer mundo (Harvey, 2008, p. 81). Hoy no se trata, en virtud de lo dicho, de pensar *desde* el Estado, sino de *construir* una teoría general de las relaciones espaciales bajo el capitalismo, teoría que permitiría explicar la evolución de las propias funciones del Estado, el desarrollo geográfico desigual, las desigualdades interregionales, el imperialismo, el progreso y las formas de urbanización, vale decir, trazar una completa geografía histórica (Harvey, 2008, p. 84). Según Harvey, nada detiene ese vértigo, salvo un orden provisorio que debe ser capaz de seguir o de plegarse a los ritmos del capitalismo, creando, por ejemplo, infraestructuras espaciales físicas y seguras, sistemas de crédito asegurados por el Estado e instituciones jurídicas y financieras (Harvey, 2008, p. 91-92). Revalorizar la arquitectura pasa por refundar un pensamiento crítico de la ciudad. Por tanto, Venecia aquí constituye sólo el pretexto para pensar, por una parte, los alcances de esa amnesia en la que nos sumerge el capitalismo desde sus inicios; y, por otra parte, más concretamente, el proceso en que se juega la actualidad de lo urbano: somos los herederos de ese proceso que convirtió el mundo en un gran margen, obligándonos a recrear los medios de la memoria aquí y ahora.

Referencias

- AGACINSKI, S. 1996. *Volume: Philosophies et politiques de la architecture*. Paris, Galilée, 265 p.
- ALBERTI, J.B. 2004. *L'art d'édifier*. Paris, Seuil, 512 p.
- ARISTÓTELES. 1998. *Ética nicomáquea; Ética eudemia*. Madrid, Gredos, 546 p.
- ARISTÓTELES. 1994. *Metafísica*. Madrid, Gredos, 579 p.
- ARISTÓTELES. 2008. *Política*. Madrid, Gredos, 490 p.
- BENJAMIN, W. 2009. Paris Capitale du XIXème Siècle. In: *Le livre des Passages*. Paris, Cerf, 919 p.
- DANESI, F. 2008. *Le mythe brisé de l'internationale situationniste. L'aventure d'une avant-garde au cœur de la culture de masse (1945-2008)*. Paris, Les presses du réel, 352 p.
- DELEUZE, G.; GUATTARI, F. 1993. *¿Qué es la filosofía?* Barcelona, Anagrama, 220 p.
- DELFANTE, C. 2006. *Gran Historia de la ciudad: De Mesopotamia a Estados Unidos*. Madrid, Abada, 495 p.
- DÉOTTE, J.-L. 2010. *L'époque de l'appareil perspectif (Brunelleschi, Machiavel, Descartes)*. Paris, L'Harmattan, 158 p.
- FERNÁNDEZ, M. 2012. El último capricho veneciano de la familia Benetton. *El País*. Disponible en: http://elpais.com/elpais/2012/02/14/gente/1329226906_458936.html. Acceso el: 04/01/2013.
- FOUCAULT, M. 1981. Omnes et Singulatim: vers une critique de la raison politique. In: D. DEFERT; F. EWALD (eds.). 1994. *Michel Foucault: Dits et écrits, Vol. IV, 1980-1988*. Paris, Gallimard, p. 134-161.
- FOUCAULT, M. 1983. ¿Qué es la ilustración? In: A. GABILONDO (ed.). 1999. *Estética, ética y hermenéutica: Obras esenciales, Vol. III*. Barcelona, Paidós, p. 335-352.
- FOUCAULT, M. 2002. *Vigilar y castigar: El nacimiento de la prisión*. Buenos Aires, Siglo XXI, 384 p.

- FOUCAULT, M. 2006. *Seguridad, Territorio, Población: Curso en el Collège de France (1977-1978)*. Buenos Aires, FCE, 484 p.
- GIEDION, S. 1978. *Espace, temps, architecture*. Paris, Denöel, 544 p.
- GIEDION, S. 2000. *Construire en France. Construire en Fer. Construire en Béton*. Paris, Éditions de la Villette, 120 p.
- HARVEY, D. 2008. *Géographie de la domination*. Paris, Les Prairies Ordinaires, 118 p.
- HEGEL, G.W.F. 2004. *Principios de la filosofía del derecho*. Buenos Aires, Sudamericana, 314 p.
- KOOLHAAS, R. 2006. *La ciudad genérica*. Barcelona, Gustavo Gili, 62 p.
- LABARRIÈRE, J.-L. 2005. *La condition animale: etudes sur aristote et les stoïcines*. Louvain, Peeters, 298 p.
- LAMBERT, J.-C. 2008. *Cobra, un art libre*. Précédé de *Cobra dans le rétroviseur* par Pierre Alechinsky. Paris, Galilée, 368 p.
- LANDAETA, P.; ESPINOZA, R. 2013. El fin histórico de la ciudad. *Ideas y Vlores*, **LXII** (151):169 -194.
- LEFEBVRE, H. 1970. *La révolution urbaine*. Paris, Gallimard, 255 p.
- LE CORBUSIER. 1963. *Manière de penser l'urbanisme*. Paris, Gonthier, 198 p.
- LE CORBUSIER. 1971. *La Charte d'Athens*. Paris, Seuil, 185 p.
- LE CORBUSIER. 1994. *Urbanisme*. Paris, Flammarion, 284 p.
- LE CORBUSIER. 1995. *Vers une architecture*. Paris, Flammarion, 253 p.
- MONGIN, O. 2006. *La condición urbana. La ciudad a la hora de su mundialización*. Buenos Aires, Paidós, 398 p.
- MADEC, P. 1997. *Boullée*. Madrid, Akal, 158 p.
- MAROT, S. 2010. *L'art de la mémoire, le territoire, l'architecture*. Paris, Éditions de la Villette, 142 p.
- PANOFSKY, E. 2008. *La perspectiva como forma simbólica*. Barcelona, Tusquets, 169 p.
- PLATÓN. 1988. República. In: *Obras completas Vol. IV*. Madrid, Gredos, 502 p.
- PLATÓN. 1992. Político. In: *Obras completas Vol. V*. Madrid, Gredos, p. 483-617.
- RABREAU, D. 2007. Ledoux et le libre de 1804. In: G. CHOUQUER; J.-C. DAUMAS, *Auteur de Ledoux: architecture, ville, utopie*. Besançon, Press Universitaires de Franche-Comté, p. 15-26.
- RAGON, M. 1986. *Histoire de l'architecture et de l'urbanisme: Tome 1: idéologies pionniers 1800-1910*. Paris, Casterman, 374 p.
- VITRUVIO, 1996. *Les dix livres d'architecture*. Corrigés et traduits en 1684 par Claude Perrault. Liège, Pierre Mardarga, 354 p.

Submetido: 11/11/2013

Aceito: 06/04/2016